

Polvos pica-pica mágicos

Con cara de pocos amigos y arrastrando la cartera, Lola entró en casa dando un portazo. Las coletas, medio deshechas y sucias de polvo, le tapaban el chorro de lágrimas que cubría su carita colorada.

Lola se acababa de mudar al pueblo. Como hoy era el primer día en el cole nuevo, su madre la esperaba asomada a la ventana. La madre de Lola era muy especial. Se llamaba Paquita Trece, porque su abuela, su tatarabuela, y su tatatatatarabuela respondían también al nombre de Paquita. Todas habían sido brujas, muy brujas, brujísimas, con escoba y todo. Pero Paquita Trece, que era muy moderna, decidió ser ingeniero químico y viajar en moto. Trabajaba en el laboratorio investigando jarabes que curaban la tos y pastillas que suavizaban el dolor de barriga.

Cuando Paquita Trece vió llegar a su hija con esa pinta, le preguntó extrañada:

–¿Qué pasa, preciosa? ¿No te ha gustado la clase?

–¡No es eso! La clase es muy chula, las ventanas son muy grandes y están llenas de dibujos, la maestra es muy simpática y tiene el pelo naranja, en el patio hay muchos columpios y un campo de fútbol enorme...

–Entonces, ¿por qué estás tan triste?

–¡No estoy triste! ¡Estoy muy enfadada! Los chicos de mi clase no me han dejado jugar al fútbol!– gritó la niña con los ojos echando chispas.

Entonces el jamón de la despensa empezó a temblar porque cuando Lola estaba irritada, asustada, apenada o constipada, lo único que le ponía contenta era el bocadillo de jamón que preparaba su madre... ¡en una barra de pan entera!

Pero esa noche ni jamón, ni tele, ni besitos, ni nada. Lola durmió tristonza. Y la siguiente noche, y la otra, y la otra. Todo porque los chicos de la clase no le dejaban tocar el balón ni en el descanso. Y eso que Lola era una lateral izquierdo fantástica y metía unos goles increíbles. Se pasaba el día viendo los vídeos de los goles más espectaculares de la historia del fútbol, y se sabía las alineaciones de todos los equipos que habían ganado la Copa de Europa. Además, conocía todas las tácticas y con qué pierna metían goles los jugadores más famosos. Pero eso a los chicos les importaba un pito: ¡era una chica! Y las chicas no podían jugar al fútbol.



Y es que en aquel pueblo, los hombres hacían unas cosas y las mujeres otras. Nunca compartían las tareas si se ayudaban. Esa era la costumbre desde tiempos inmemoriales y a nadie se le había ocurrido cambiar... hasta entonces.

Indignadísima contra esa costumbre, Paquita Trece fue a hablar con los maestros, con el entrenador, con el director, con el defensor del estudiante, incluso con el alcalde... Todos repetían como loros: «las chicas no juegan al fútbol».

–Podría ser animadora– insinuó el entrenador.

–¡Y un rábano! ¡Yo quiero ser lateral izquierdo!– insistía Lola mientras con el raballo del ojo veía las faldas de lunares de las animadoras.

Entonces Paquita Trece decidió entrar en acción. Se pasó toda la noche comiendo su helado favorito mientras estudiaba el libro de fórmulas secretas heredado de su abuela, la Gran Bruja Paquita Once. Al día siguiente se fue a trabajar muy sonriente: tenía una gran idea. De su laboratorio volvió muy satisfecha con su invento y le contó el plan a Lola:

–Hija, tienes que conseguir que los chicos del equipo y el entrenador, huelan estos polvos pica-pica. Cuando estornuden se convertirán en chicas, y entonces no tendrán ninguna excusa para no dejarte jugar.

–¡Genial!– exclamó Lola loca de alegría.

–Pero, atención, no dejes que estos polvos se mezclen con agua, porque podrían ocurrir cosas raras o peligrosas– advirtió Paquita Trece con ojillos traviosos.

–¿Peligrosas?– preguntó Lola un tanto mosca.

–Todo es posible. No he terminado aún la investigación, así que ten cuidado. Bebe este antídoto por si acaso, yo ya lo he tomado.

Lola salió de casa emocionada, con un bocadillo de jamón en una mano y el bote de polvos en la otra. Pero, ¡ay!, pasó lo que no tenía que pasar. La mala suerte se cruzó en su camino. Un gato negro corrió delante de Lola persiguiendo un saltamontes y ella por no pisarlo, tropezó y... ¡plaf! el bocadillo y el bote de polvos cayeron al río que cruzaba el pueblo y llenaba el depósito de agua.

–¡Oh, no, ya nunca seré lateral izquierdo!– lloriqueó la niña– ¡Y encima me he quedado sin merienda!

Paquita Trece se llevó las manos a la cabeza cuando su hija le contó lo que había pasado.

–¡Qué desastre tan desastroso!– gritó asustada– ¿Qué pasará ahora?

Pues lo que pasó es que todo el pueblo empezó a estornudar. Y después de cada estornudo ¡chi-chin, chas-chas, piriti-flatulín!, las niñas, mamás, abuelas, maestras, tenderas y enfermeras, se transformaron en niños, papás, abuelos, maestros, tenderos y enfermeros. ¡Los polvos con agua funcionaban al revés!

Todos los niños tenían dos papás y ninguna mamá. Los dos papás se iban a trabajar, arreglaban enchufes, pasaban la revisión del coche, leían el periódico, mientras los niños iban a clase, sacaban la basura, engrasaban la bici, y jugaban al fútbol.

¿Quién iba a la compra, hacía la comida, ponía la lavadora, planchaba las camisas, cosía los botones, contaba cuentos y animaba en los partidos? ¡Nadie! No había mujeres y ningún padre ni sus hijos sabía hacerlo. Se armó un lío tremendo en el pueblo. El alcalde se tiraba de los pelos, no porque no supiera arreglar el desbarajuste, sino porque su madre se había convertido en un barbudo conductor de autobuses que ni le daba un beso ni nada. Encima, su adorada hijita era ahora un chaval que se negaba a ponerse las faldas de flores. Y para colmo de males, la mujer del alcalde se había transformado en otro alcalde medio calvo que mandaba mucho más que él y que tenía un genio de mil pares de narices.

Después de varios días sin comer, hartos de discutir, y aburridos como ostras al no haber más enchufes que arreglar, los habitantes del pueblo decidieron buscar una solución.

–Necesitamos a alguien que nos enseñe todo lo que no sabemos hacer. ¡Tenemos que aprender!– reconoció el capitán del equipo de fútbol, al que ya no quedaban camisetas limpias.

Como todos estaban de acuerdo en eso, se pusieron en marcha. Enseguida encontraron a Lola y a su madre, merendando tortitas con nata y chocolate en el jardín de su casa.

–Vaya, vaya. ¿Queréis aprender a bailar y animar en los partidos?–preguntó Lola haciéndose la interesante.

–Primero queremos aprender a cocinar– contestó el maestro de pelo naranja con la boca hecha agua.

–Muy bien, os ayudaremos a cambio de que dejéis jugar a Lola de lateral izquierdo–advirtió muy seriamente Paquita Trece– Los chicos y las chicas podrán hacer lo que les guste sin importar si se llaman Marta o Juan.

Entre gritos de alegría, los alcaldes y mamá Paquita se dieron la mano para cerrar el trato. Durante muchos días Lola y su madre enseñaron todo lo que sabían a los habitantes del pueblo. EL equipo de fútbol por fin era mixto y Lola jugó tan bien que la ficharon para el equipo nacional infantil. Por las noches, Paquita Trece investigó una nueva fórmula que volviera a transformar algunos papás en mamás, y algunos niños en niñas porque la vida en el pueblo no era lo mismo si ellas... y sin la maestra de pelo naranja. Además, los papás, que por fin habían aprendido a poner la lavadora sin mover los colores a las camisetas, enseñaron a las mamás a arreglar enchufes. Y las cosas funcionaron mucho mejor y todos fueron más felices.

